

ASPECTOS DE LA VIDA CRISTIANA Y LA VIDA DE IGLESIA SEGÚN SE VEN EN LA NUEVA JERUSALÉN

(Día del Señor: primera sesión de la mañana)

Mensaje siete

El Dios Triuno como nuestra constitución, existencia, disfrute, vivir y expresión

Lectura bíblica: Ap. 21:11, 18-21, 23-25; 22:1-2, 5, 14, 19

- I. Las tres clases de materiales preciosos que se utilizan para la edificación de la ciudad santa significan que el Dios Triuno es la constitución triuna de la Nueva Jerusalén—Ap. 21:18-21:**
- A. El oro representa a Dios el Padre en Su naturaleza santa como la base del edificio orgánico de Dios—vs. 18, 21:
 - 1. Debemos participar y estar constituidos de la naturaleza santa y divina de Dios, el elemento divino de la Nueva Jerusalén—Ef. 1:4; 2 P. 1:4.
 - 2. Debemos hacerlo todo en conformidad con la naturaleza divina de Dios, al tomar la naturaleza divina como nuestra senda, a fin de estar sujetos al gobierno de la administración de Dios, la cual es de oro—Ap. 21:21; 22:1; cfr. 1 R. 10:18:
 - a. La vida divina que fluye en la naturaleza divina es el único camino para nuestra vida diaria y para nuestro mover en el mover del Señor—cfr. Ef. 4:29; Ap. 22:1.
 - b. Debemos practicar la comunión divina, basándonos en la naturaleza de oro que está en nosotros—1 Jn. 1:3.
 - B. Las perlas representan el producto de la secreción de Cristo en dos aspectos: Su muerte redentora que libera la vida y Su resurrección que imparte vida—Ap. 21:21:
 - 1. Debemos predicar la regeneración efectuada mediante el Cristo que vence la muerte y segrega la vida como la entrada en la ciudad santa—1 P. 1:3, 23.
 - 2. Debemos permanecer bajo la obra aniquiladora de la muerte del Señor para que Su vida de resurrección pueda ser impartida a otros por medio nuestro—Col. 1:24; 2 Co. 4:10-12.
 - C. Las piedras preciosas representan la obra del Espíritu a fin de transformar a los santos redimidos y regenerados para la edificación de la morada eterna de Dios, a fin de que ellos corporativamente expresen a Dios en Su gloria que todo lo impregna—Ap. 21:18-20:
 - 1. La transformación no es un cambio ni una corrección externos, sino un metabolismo espiritual; es la función metabólica que la vida de Dios efectúa en los creyentes—Ro. 12:2; 2 Co. 3:18, 16.
 - 2. Por el bien de la vida de iglesia, se necesitan las virtudes humanas transformadas, las cuales han sido fortalecidas y enriquecidas por los atributos divinos—Ro. 12:2-3; Ef. 4:1-3.

3. Debemos aprender a ministrar al Dios Triuno a los demás para que sean transformados al perfeccionarlos con los atributos del Dios Triuno—1 Co. 3:10, 12; Cnt. 1:10-11.

II. El río de agua de vida que sale del trono de Dios y del Cordero nos muestra que el Dios Triuno es la existencia triuna de la Nueva Jerusalén—Ap. 22:1:

- A. La aplicación de la Nueva Jerusalén en su existencia triuna se describe en Efesios 4:4-6: un Cuerpo, un Espíritu, un Señor y un Dios y Padre.
- B. Estos versículos nos muestran cómo el Cuerpo de Cristo existe junto con el Padre, el Señor y el Espíritu como anticipo de la existencia de la Nueva Jerusalén en la eternidad:
 1. Existimos con Dios el Padre como fuente del Cuerpo, al permitirle que Él sea sobre nosotros, por nosotros y en nosotros—v. 6; Lc. 8:15; Ro. 8:11.
 2. Existimos con el Señor Cristo como elemento del Cuerpo, al vivirle, existir por medio de Él, mediante la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo con miras a que Él sea magnificado en nuestra existencia—Ef. 4:5; Fil. 1:19-21a.
 3. Existimos con el Espíritu como esencia del Cuerpo (Ef. 4:4), al andar por el Espíritu (Gá. 5:25), servir por el Espíritu (Fil. 3:3), beber al Espíritu (1 Co. 12:13), ser transformados por el Espíritu (2 Co. 3:18) y ser fortalecidos y enriquecidos por el Espíritu siete veces intensificado (Ap. 4:5; 5:6) con miras a la vida del Cuerpo, la cual tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén.

III. El Dios Triuno —el Padre como luz de vida, el Hijo como árbol de la vida y el Espíritu como río de vida— es el disfrute triuno de la Nueva Jerusalén—cfr. Sal. 36:8-9:

- A. Dios como luz resplandece desde el interior del Cordero, quien es la lámpara, y por medio de la Nueva Jerusalén como difusor—Ap. 21:23-25, 11; 22:5:
 1. Debemos mantener nuestro corazón puro y sencillo para con Dios, a fin de que todo nuestro ser interior sea iluminado, lleno de vida sin oscuridad en él—Mt. 5:8; 6:22-23; Lc. 11:34-36.
 2. Por el bien de la edificación del Cuerpo de Cristo, debemos andar y vivir bajo la luz divina, resplandeciente y redentora, que recibimos mediante la palabra de Dios—Is. 50:10-11; 1 Jn. 1:5-7; Sal. 119:105, 130; Ro. 13:11-14.
 3. Debemos resplandecer como luminarias en el mundo, permitiendo que nuestra luz alumbre delante de los hombres en toda bondad, justicia y verdad, para gloria de Dios—Fil. 2:15; Mt. 5:14-16; Ef. 5:8-9, 14; Is. 58:7-8; 60:1-5.
 4. Debemos ser uno con Cristo, quien es la luz de los gentiles, para que Su salvación llegue a lo último de la tierra y Él regrese como el Deseado de todas las naciones—Hch. 13:46-47; Ef. 3:9; Hag. 2:7; Mt. 24:14.
- B. Disfrutar a Cristo como árbol de la vida será la porción eterna de todos los redimidos de Dios—Ap. 22:14, cfr. v. 19:
 1. El árbol de la vida representa al Dios que es vida para el hombre, y declara que Él se ofrece al hombre en forma comestible—Gn. 2:9; Jn. 6:35, 57; Ap. 2:7.

2. No sólo comemos de este árbol, disfrutando del fruto fresco que constantemente produce, sino que también somos las ramas de este árbol que permanecen en Él para disfrutar del jugo vital—22:2; Jn. 15:5.
- C. El río de agua de vida es el fluir que sale del Dios Triuno: el Espíritu que, como máxima consumación del Dios Triuno procesado, llega a Su pueblo redimido para que le disfrute—Ap. 22:1:
1. Beber del agua viva es contactar a Dios el Espíritu con nuestro espíritu, lo cual equivale a rendirle a Dios la verdadera adoración—Jn. 4:10, 14, 24; Is. 12:2-6.
 2. Al beber del agua viva, llegamos a ser la Nueva Jerusalén, la totalidad de la vida eterna, el destino del Dios Triuno que fluye—Jn. 4:14b.
- IV. El Dios Triuno —el Padre como fuente de vida, el Hijo como árbol de la vida y el Espíritu como fluir de la vida— es el vivir triuno de la Nueva Jerusalén—Ap. 22:1-2:**
- A. Debemos expresar en nuestro vivir al Padre como fuente de vida que está en el trono—Jn. 5:26:
1. Debemos tomar a Dios el Padre como nuestra fuente, con Su elemento redentor y con el elemento de Su autoridad divina, a fin de disfrutar del fluir de vida con miras a experimentar nuestra salvación orgánica—Ap. 22:1; Ro. 5:10.
 2. Debemos expresar en nuestro vivir al Padre como amor y como luz, al mantenernos en la comunión de la vida divina, el fluir interno de la vida divina—1 Jn. 4:8, 16; 1:5, 2-3.
- B. Debemos expresar en nuestro vivir al Hijo como vida y suministro de vida, es decir, el árbol de la vida—Ap. 22:2; 2:7; Jn. 14:6:
1. Debemos aprender a tomar a Cristo como el todo para magnificarle—Fil. 1:19-21a; 2:5; 3:8-9, 13-14, 20-21; 4:8, 11-13.
 2. Debemos invocar Su nombre a fin de disfrutar de Sus riquezas, las cuales son nuestro suministro—Ro. 10:12; Fil. 1:19; Cnt. 1:3.
- C. Debemos expresar en nuestro vivir al Espíritu como abundante ministración del Dios Triuno procesado y consumado, es decir, el fluir de vida—Ap. 22:1; Fil. 1:19:
1. El fluir del río de agua de vida en la Nueva Jerusalén ejemplifica la comunión de vida, que es el fluir de la vida eterna en el interior de los creyentes—1 Jn. 1:2-4; 1 Co. 1:9; 12:24; Ap. 22:1.
 2. El fluir del río de agua de vida es la única corriente en la obra del Señor, la cual lleva a cabo Su único mover mediante Su único ministerio, a fin de producir y edificar Su único Cuerpo con miras a Su único testimonio—v. 1; cfr. 1 Co. 16:10; 4:17; Hch. 2:42.
- V. El Dios Triuno —el Padre como fuente de las riquezas divinas, el Hijo como corporificación de las riquezas divinas y el Espíritu como las riquezas divinas hechas reales— es la expresión triuna de la Nueva Jerusalén—Ap. 21:18-21; 22:1-2:**
- A. La expresión de Dios el Padre como fuente de las riquezas divinas es Su gloria, la cual nos es comunicada en Su vida rica—21:11, 21:

1. La primera capa del cimiento del muro y todo el muro es de jaspe, lo cual significa que toda la ciudad tiene la apariencia de Dios con miras a la gloria de Dios, Su expresión corporativa—vs. 18, 11; 4:3a.
 2. La obra de los apóstoles, quienes son representados por los doce cimientos, consiste en poner “capa sobre capa” y producir la apariencia única del jaspe, que es la apariencia de Dios en Cristo—21:14, 19-20.
- B. La expresión de Dios el Hijo como corporificación de las riquezas divinas puede verse en Su persona y en Su obra:
1. El Cordero, Aquel que redime, es la lámpara para expresar a Dios como luz a través de la ciudad, la lámpara difusora para expresarlo como gloria—22:5; 21:23, 11.
 2. La obra de la muerte y la resurrección de Cristo, representada por las perlas (v. 21), es una “sanidad doble”, que nos salva de la culpa del pecado mediante la sangre del Señor, y del poder del pecado en Su vida—Jn. 19:34; *Himnos*, # 485, la estrofa 1.
- C. La expresión de Dios el Espíritu, quien es las riquezas divinas hechas reales, puede verse en el hecho de que Él, como consumación del Dios Triuno procesado, es todo-inclusivo:
1. El Espíritu todo-inclusivo como río de agua de vida fluye con Dios, con el Cordero, con el trono, con la naturaleza divina como el camino divino y con todas las inescrutables riquezas de Cristo para saturar todo nuestro ser—Ap. 22:1-2.
 2. La vida cristiana tiene que ser una vida en el Espíritu, por el Espíritu y con el Espíritu, una vida que produce el fruto del Espíritu con todos los atributos divinos expresados en las virtudes humanas—Gá. 5:16, 22-23, 25.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

EL DISFRUTE TRIUNO

[El disfrute triuno] es el aspecto más crucial de la aplicación de la Nueva Jerusalén. Según el registro de Apocalipsis 21 y 22, el énfasis principal de la aplicación de la Nueva Jerusalén a nosotros es el aspecto del disfrute triuno. El disfrute de la Nueva Jerusalén es el disfrute del Dios Triuno, la Deidad misma de la Trinidad. Los aspectos de nuestro disfrute triuno son la luz divina (21:23a; 22:5), el río divino (v. 1) y el árbol divino (vs. 2a, 14; Gn. 2:9).

Cualquier paisaje hermoso necesita luz, un río y árboles. La tierra vive por estas tres cosas. Si no hubiese luz, agua, ni árboles, no habría vida. Además, nosotros mismos vivimos por la luz, por el agua y por la comida. Estas tres cosas son necesarias para la tierra y para nosotros los seres humanos. De la misma manera, la Nueva Jerusalén vivirá por Dios como luz, por Dios como agua y por Dios como alimento.

En la luz divina

La luz representa a Dios el Padre. En 1 Juan 1:5 se nos dice que Dios es luz, y según el contexto de este versículo, el título *Dios* se refiere principalmente a Dios el Padre. Mientras que el amor es la naturaleza de la esencia intrínseca de Dios, la luz es la naturaleza de la expresión exterior de Dios. En la Nueva Jerusalén, la luz representa a Dios mismo, el cual ilumina

toda la ciudad para Su expresión. Apocalipsis 21:23 nos dice que la ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna. Esto indica que el sol y la luna todavía estarán en el cielo nuevo y la tierra nueva. El hecho de que en la Nueva Jerusalén el árbol de la vida produzca su fruto cada mes también indica que la luna todavía estará en el cielo nuevo y la tierra nueva, para dividir los doce meses. El sol también estará allí para separar la noche del día en períodos de doce horas cada uno. Isaías 30:26 nos dice que en los días venideros “la luz de la luna será como la luz del sol, / y la luz del sol será siete veces mayor”. Sin embargo, en la Nueva Jerusalén no habrá necesidad de sol ni de luna. La luz en la ciudad será Dios mismo como luz de vida (Jn. 1:4; 8:12). Puesto que tal luz divina iluminará la ciudad santa, ésta no tiene necesidad de ninguna otra clase de luz, ya sea creada por Dios o hecha por el hombre (Ap. 22:5). La luz creada por Dios y la luz hecha por el hombre no serán necesarias en la Nueva Jerusalén debido a que tendremos a Dios, quien es mucho más brillante que el sol y la luna y aún más brillante que las lámparas hechas por el hombre.

Dios como luz divina, la luz de vida, está contenido en el Cordero como lámpara (21:23b). La luz eléctrica siempre necesita un foco o una lámpara para que la contenga; de otro modo, existe la posibilidad de que una persona se electrocute. En la Nueva Jerusalén, el Cordero redentor es la lámpara, y Dios está dentro de Él como la luz. Esto indica que si el Cristo redentor no contuviera la luz divina, la luz divina nos “mataría”. Sin embargo, con el Cristo redentor como lámpara, la luz divina no nos mata; al contrario nos ilumina. Por medio de la redención de Cristo el matar llega a ser una especie de iluminación. En 1 Timoteo 6:16 se nos dice que Dios habita en luz inaccesible. Sin embargo, en Cristo Dios llega a ser accesible. Fuera de Cristo el resplandor de Dios produce una especie de muerte, pero dentro de Cristo el resplandor de Dios es una especie de iluminación. Desde el día en que fuimos salvos comenzamos a disfrutar a Dios como luz divina en el Cristo redentor, iluminándonos todo el tiempo. Aun hoy debemos disfrutar a Dios de esta manera.

Hoy en día nosotros los cristianos realmente tenemos a Dios mismo dentro de Cristo como nuestra luz. No necesitamos filosofía, es decir, la luz hecha por el hombre, y tampoco enseñanzas éticas, tales como las de Confucio. No necesitamos ninguna clase de enseñanza religiosa, debido a que tenemos a Dios mismo dentro de nosotros. ¿Necesita usted que alguien le diga que ame a sus padres? ¿No tiene una luz divina brillando dentro de usted todo el día, mostrándole que debe honrar a sus padres? No obstante, debemos darnos cuenta de que Pablo todavía nos dice que honremos a nuestro padre y a nuestra madre (Ef. 6:2). Si todos los cristianos tienen a Dios como luz dentro de ellos, ¿por qué con todo y eso el Nuevo Testamento enseña muchas cosas? Desde Efesios 5:22 hasta Efesios 6:9, Pablo revela la clase de vivir que se necesita para las relaciones éticas. Él habla acerca de la relación entre la esposa y el esposo, entre los hijos y los padres, y entre los esclavos y los amos. Estas exhortaciones no se dan en Efesios 1, sino en los dos últimos capítulos. Antes de darnos esta clase de enseñanza, Pablo dice en Efesios 5:14: “Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo”. El Nuevo Testamento no nos revela primero la enseñanza, sino la luz divina. Debido a que todavía estamos en la vieja creación, necesitamos tal enseñanza. Cuando lleguemos a la Nueva Jerusalén, sin embargo, no habrá nada viejo, ni tampoco habrá enseñanza allí. Si todo el tiempo prestáramos atención a la nueva creación y a la unción interior, no habría necesidad de la enseñanza. No obstante, debido a que estamos en la vieja creación, muchas veces necesitamos algo de enseñanza para que se nos recuerde que debemos despertar de nuestro sueño.

Según el principio básico de la nueva creación, tenemos a Dios dentro de nosotros como luz. En Él no hay ningunas tinieblas (1 Jn. 1:5). Al tener comunión con Dios, no se necesita

ninguna otra clase de luz. Siempre y cuando lo tengamos a Él, Él es la luz misma para nosotros, y no necesitamos ninguna clase de enseñanza ni doctrina. Siempre y cuando tengamos al mismo Dios que es luz para nosotros en nuestra comunión con Él, no es necesaria ninguna otra cosa.

En la Nueva Jerusalén, el oro simboliza la naturaleza divina de Dios, y la luz representa Su resplandor divino. Este resplandor está en el Cordero redentor, quien es la lámpara que sostiene la luz divina para nuestro beneficio, a fin de que disfrutemos a Dios como el que resplandece en el Cristo redentor. Apocalipsis 21:11 indica que Dios como luz resplandece a través de la Nueva Jerusalén. Este versículo nos dice que “su resplandor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspé, diáfana como el cristal”. En este versículo la palabra que se tradujo “resplandor”, en griego significa “luminaria” o “portaluz”. Todo el muro de la Nueva Jerusalén está edificado con jaspé (v. 18), y la luz de la Nueva Jerusalén es semejante a piedra de jaspé, teniendo la apariencia de Dios (4:3) para expresar a Dios por medio del resplandor de la ciudad. Dios en el Cordero redentor es la luz, y toda la ciudad es una luminaria, una gran portaluz. Esto quiere decir que Dios como la luz divina resplandece dentro y a través del Cristo redentor, y este resplandor ilumina toda la ciudad. Entonces toda la ciudad llega a ser una portaluz. Este portaluz de Dios llega a ser una expresión, y esta expresión es la meta de Dios. Ésta es la razón por la que Apocalipsis 21:11 también nos dice que la ciudad santa tiene la gloria de Dios. La gloria es Dios expresado. En la Nueva Jerusalén, Dios es luz, y Su resplandor es Su gloria. El resplandor es el salir de la luz, así que, cuando Dios resplandece en la ciudad, Dios es expresado en gloria, primero en Cristo y a través de Cristo y luego en la ciudad y a través de los santos. Dios es la luz, Cristo es la lámpara que lo contiene, y el muro de la ciudad porta la luz divina para expresar a Dios.

Necesitamos aplicar este cuadro a nuestra vida diaria. Hoy en día, Dios en el Cristo redentor resplandece dentro de nosotros, y estamos siendo transformados para ser transparentes. En nuestra vieja creación somos opacos, pero en nuestra nueva creación somos transparentes. En 2 Corintios 3:18 se nos dice que estamos siendo transformados en Su imagen, de un grado de gloria a otro grado de gloria. Finalmente, tendremos la apariencia de jaspé y expresaremos plenamente al “Dios de jaspé” (Ap. 4:3).

Es posible que cierto hermano sea una persona muy buena, pero que todavía sea opaco y no transparente, debido a que él permanece mucho en la vieja creación. Debido a esto, no ha ocurrido mucha transformación en su ser. Sin embargo, es posible que cuando uno esté con otro hermano, uno sienta que, con respecto a él, todo es transparente, ya que él ha experimentado mucha transformación en vida. Muchas veces cuando usted acude a cierto hermano, usted no puede recibir nada de luz. Sin embargo, tal vez al acudir a otro hermano, usted sea introducido en la luz. Aun antes de que él comience a hablarle, usted está en la luz. Cuando usted está en su propio hogar, está en la oscuridad. Pero cuando acude a este querido santo, este hecho significa luz para usted. Cuando usted acude a él, todo es claro, la oscuridad se desvanece y hay luz. La opacidad se acaba, y todo es transparente. Todos necesitamos ser transformados hasta tal punto que estemos llenos de luz y seamos transparentes.

En la Biblia las tinieblas son una especie de castigo. Dios castigó a los egipcios con densas tinieblas por tres días (Éx. 10:22), y en el futuro Dios castigará al anticristo y a su reino con tinieblas (Ap. 16:10). Parte del disfrute en la Nueva Jerusalén es que allí no habrá noche. La ciudad estará llena de luz, y esta luz es Dios el Padre. Él no solamente será la naturaleza de la Nueva Jerusalén, sino también la luz resplandeciente como un disfrute para toda la ciudad. El primer disfrute en la Nueva Jerusalén es Dios como nuestra luz. Hoy en día nuestra experiencia es la misma. Cuando se nos deja en tinieblas, lo que experimentamos es un

verdadero castigo. Sin embargo, cuando abrimos todo nuestro ser a Él, estamos en la luz, y la luz es Dios mismo disfrutado por nosotros en nuestra vida diaria. Éste es el primer aspecto del disfrute triuno.

En el río divino

El segundo aspecto del disfrute triuno es el río de agua de vida (Ap. 22:1). Este río representa al Espíritu como la consumación del Dios Triuno. Juan 7:38-39 indica que los ríos de agua viva representan al Espíritu. En Apocalipsis 22:1 está el trono de Dios (el Padre) y del Cordero (el Hijo), del cual fluye el río de agua de vida (el Espíritu). Dios, el Cordero y el agua de vida representan a la Trinidad. El río es el fluir del Dios Triuno y el salir consumado de Dios. Cuando Dios fluye, llega a ser el río de agua de vida. Cuando el Dios Triuno llega a usted Él es el agua viva. (Véanse las notas 2 al 5 en Ap. 22:1, de la Versión Recobro.)

Este río que fluye es la consumación máxima y final del Dios Triuno que llega a usted. Dios en el Cordero en el trono llega a toda la ciudad como el río que fluye. Hoy en día Dios llega a nosotros por medio de ser el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Dios el Padre hizo un plan eterno (Ef. 3:11), Él envió al Hijo y el Hijo vino con Él (Jn. 8:29) para realizar Su plan en la cruz. Mientras estaba llevando a cabo en la cruz el plan de Dios, de Su costado salió sangre y agua (19:34). Esto fue tipificado en el Antiguo Testamento por la roca hendida de la cual fluyó el agua viva (Éx. 17:6). El agua representa la consumación máxima y final del Dios Triuno llegando a Su pueblo redimido. En Apocalipsis 22, Dios en el Cordero fluye como agua viva para llegar a Su pueblo redimido.

Apocalipsis 22:1 dice: “Y me mostró un río de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, en medio de la calle”. Muchos cristianos no han prestado suficiente atención a esta última frase: “en medio de la calle”. El río fluye del trono, pero fluye en medio de la calle. Apocalipsis 21:21 nos dice que la calle de la ciudad es de oro puro. Sin la calle, el río no puede fluir. Si no hay calle, no hay río. La calle en la Nueva Jerusalén es el cauce mismo de este río que fluye. Que la calle sea de oro indica que el camino en la Nueva Jerusalén es la naturaleza divina de Dios. El camino cristiano de la vida cristiana es la naturaleza divina de Dios. Nosotros debemos vestirnos, comportarnos, hablar con otros y tratar con nuestro cónyuge según la naturaleza divina de Dios. La “autopista” de nuestra vida cristiana es la naturaleza divina de Dios, la cual es la calle de toda la ciudad.

Si la calle esta allí, en medio de la calle fluye el río. Según nuestra experiencia, si no nos comportamos ni vivimos según la naturaleza divina de Dios, sentimos que nos hemos secado por dentro y no sentimos dentro de nosotros el fluir de vida. Pero cuando vivimos, nos comportamos y actuamos según la naturaleza divina de Dios, tenemos dentro de nosotros el fluir del agua de vida. Si usted no camina en la naturaleza divina, o sea, en la calle divina, usted se secará debido a que no hay cauce para el fluir de la calle. Se necesita un cauce para que el río fluya en y a través de nuestro ser interior. Esto corresponde con nuestra experiencia diaria.

La luz de la Nueva Jerusalén es Dios el Padre, y el río es Dios el Espíritu. Este Espíritu solamente puede fluir en medio de la naturaleza divina. No puede fluir en la naturaleza humana. Obviamente, Dios el Espíritu no puede fluir en nada pecaminoso. Además, Él ni siquiera puede fluir en la naturaleza humana y natural de usted. Él sólo puede fluir en la naturaleza divina. Cuando usted vive la naturaleza divina, y tiene su vida cotidiana en la naturaleza divina, esa naturaleza divina llega a ser un cauce excelente para que el Espíritu Santo fluya a través de usted. Esto es un asunto crucial. Es posible que algunas veces usted se pregunte dónde está el fluir de vida dentro de usted. Tal vez sienta que cada día usted es un cristiano “seco”. La razón por la cual usted está seco es que no sabe cómo llevar una vida

según la naturaleza divina. Usted debe tomar la decisión que de ahora en adelante como hijo de Dios que posee Su naturaleza divina, vivirá, se comportará y hará todo según esta naturaleza divina. Si usted hace esto, inmediatamente tendrá el sentir de que ya no está seco, sino que un río fluye dentro de usted.

Para que Dios el Padre sea nuestra luz, necesitamos al Cristo redentor, y para que Dios el Espíritu sea nuestro río, necesitamos la naturaleza divina. La luz divina está contenida en el Cristo redentor, y el río divino fluye en la naturaleza divina. Sin el Cristo redentor usted no puede tomar ni disfrutar a Dios como la luz resplandeciente. Sin la naturaleza divina, no hay manera para que el Espíritu Santo fluya en usted. Usted necesita tanto al Cristo redentor como la naturaleza divina. Alabado sea el Señor que somos los que participan de la naturaleza divina y que también tenemos al Cristo redentor. Tenemos el derecho y privilegio plenos de disfrutar la luz divina y de reclamar el fluir divino. La luz divina, es decir, Dios el Padre, y el fluir divino, es decir, Dios el Espíritu, son nuestra porción incluso hoy en día. Debemos aplicar lo que Dios el Padre es como luz divina que está en el Cristo redentor, y debemos aplicar lo que Dios el Espíritu es como el río que fluye en la naturaleza divina. Esta clase de revelación es mucho más alta que cualquier clase de enseñanza ética. Por la misericordia del Señor, estamos aquí bajo esta revelación. Este río fluye en la calle divina, y la calle baja en espiral por la montaña de oro hasta llegar a las doce puertas. Esto significa que el río satura la Nueva Jerusalén, llevando consigo el árbol de la vida junto con su fruto para nutrir la ciudad (Ap. 22:2a, 14).

En el árbol divino

Por dondequiera que vaya el río divino, crece el árbol de la vida (Ap. 22:2). El árbol de la vida representa a Dios mismo en Cristo como el suministro de vida para nosotros (Gn. 2:9; Jn. 1:4; 14:6). Dios el Padre es la luz divina, Dios el Espíritu es el río divino, y Dios el Hijo es el árbol divino, la corporificación misma del Dios Triuno como vida. Después de que Dios creó al hombre, Él preparó un huerto y puso allí al hombre que había formado. Había muchos árboles allí, y entre esos árboles resaltaba uno en particular: el árbol de la vida (Gn. 2:9). Este árbol es la corporificación misma de la vida. Según la revelación divina, en todo el universo sólo Dios mismo es vida. Este Dios que es vida está absolutamente corporificado en Cristo (Col. 2:9). Cristo es el árbol de la vida y en este árbol de la vida se encuentra el disfrute pleno de todas las riquezas de la vida. Apocalipsis 22:2 nos dice que el árbol de la vida produce su fruto cada mes. Cada mes hay una cosecha. El árbol de la vida produce doce frutos para que sean nuestro suministro de vida. Esto muestra que hoy en día nuestro Dios Triuno corporificado en Cristo es nuestro disfrute. Los frutos del árbol de la vida, como nuestro suministro de vida, serán el alimento de los redimidos de Dios por la eternidad. Estos frutos serán siempre frescos, producidos cada mes, doce frutos al año.

El árbol de la vida fue hecho inaccesible al hombre caído por la gloria, la justicia y la santidad de Dios, hasta que la muerte de Cristo satisfizo todos los requisitos divinos. Por medio de la muerte de Cristo, el árbol de la vida es accesible otra vez, y está disponible para todos los pecadores que crean en Él y que lo tomen como su Salvador y su vida. Entonces ellos, siendo los que creen en Cristo, tienen el privilegio de beber de Su Espíritu, el agua de vida. En Apocalipsis 22:14 hay una promesa con respecto al árbol de la vida, y en Apocalipsis 22:17 hay un llamamiento al agua de la vida. Hemos respondido al llamamiento y ahora estamos disfrutando la promesa.

El disfrute triuno hoy en día

Todos necesitamos disfrutar diariamente a Dios el Padre como luz, a Dios el Espíritu

como río y a Dios el Hijo como árbol. Cuando uno disfruta al Dios Triuno de esta manera, uno llega a ser “el paisaje más hermoso”. Cuando una hermana ve a su esposo disfrutando a Dios el Padre como luz, a Dios el Espíritu como río que fluye y a Dios el Hijo como árbol de la vida, ella puede ver que su esposo es un “hermoso paisaje”. La luz está con él, el río está fluyendo en él y el árbol está creciendo en él. Si no hay luz ni río ni árbol, no hay nada más que desolación. En algunos hogares cristianos que he visitado, he visto esta desolación. No pude ver la luz ni el río ni el árbol. Sin embargo, frecuentemente, al entrar en la casa de un santo, me di cuenta completamente de que la luz estaba allí, el río estaba fluyendo y Cristo estaba creciendo allí.

Muchas veces al visitar alguna iglesia, puedo ver que está llena de luz, llena del río que fluye y llena del árbol de la vida. Si éste es el caso, la iglesia está llena de hermosos paisajes. Es bella, confortable y disfrutable. Si la iglesia en cierta localidad no es disfrutable, es debido a que la luz es muy pálida, y ni el río ni el árbol están allí. Es posible que exista una especie de desolación en alguna iglesia en particular. Sin embargo, nuestra esperanza es que cada iglesia en el recobro del Señor esté llena de un hermoso paisaje que tenga estas tres cosas divinas: la luz divina que resplandece, el río divino que fluye y el árbol divino que crece. La luz divina resplandece para iluminarnos, el río fluye para saturarnos y para suministrarnos, y el árbol crece para ser nuestro suministro de vida y para satisfacer cada una de nuestras necesidades. Hoy en día podemos disfrutar tal Dios Triuno y este Dios Triuno será nuestro disfrute triuno, en plenitud, en la Nueva Jerusalén. (*La economía neotestamentaria de Dios*, págs. 463-472)